

la juventud de Catalina, sabemos que le costó mucho entrar en la Iglesia griega, pero que una vez en ella, se impuso por tarea fingir cierta devoción. Seguía los preceptos de la religión rusa, y procuraba hacer impresión en sus súbditos por el fiel cumplimiento de los deberes religiosos; pero al mismo tiempo mostraba gran tolerancia en punto á religión, siguiendo las tendencias de la literatura culta francesa. El enérgico párrafo de la carta de d'Alembert dirigida á la emperatriz—«Los sacerdotes son todos unos desde Lisboa hasta Tobolsk (1)»—fué leído por Catalina sin disgusto alguno; y cuando Voltaire la censuró porque solía besar



Retrato medalla del conde Nicolás Petrowitz Scheremetyeff. Tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de J. Samuel

manos á los sacerdotes rusos, escribióle diciendo: «No hagas caso de una antigua costumbre que pronto quedará abolida (2).» (*Ne vous gendarmez pas contre un très ancien usage qui s'abolit*) Para ella la religión no era mas que cuestión de forma: ella misma cuenta que, una vez, el sacerdote le preguntó en el confesionario si creía en Dios: era una pregunta sorprendente: Catalina contestó rezando todo el credo y, á ser necesario, hubiera aducido pruebas y razonamientos en que nadie había pensado (3).

En sus cartas á Grimm hablaba con frecuencia de las cuestiones religiosas: en cierta ocasión (1775), llamó á Lutero con desprecio «un bruto» y se burló de Grimm porque tomaba su defensa (4); en otra, dijo que los luteranos se distinguían por su intolerancia (5). Grimm le envió libros teológicos y de cánticos luteranos y al recibirlos preguntó qué había de hacer con ellos, añadiendo que la Iglesia griega tenía cuanto ella necesitaba, que no creía necesario aprender nada de los que de la Iglesia se habían separado, y aconsejando á Grimm que entrara en ella porque era la mejor religión del mundo. La indignación que en Catalina produjo la época del Terror en Francia, la hizo decir que de buena gana aconsejaría á todos los gobiernos protestantes que ingresaran en la Iglesia griega, por ser esta una defensa contra «la peste antireligiosa, inmoral, anár-

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, X, 168.

(2) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 4.

(3) Chrapowitsky.

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 28, 29.

(5) *Observaciones á Denina*, *Archivo ruso*, 1878, 2, pág. 286.

quica, criminal, servil, sacrilega y demoleadora de tronos.» La emperatriz comparaba á la Iglesia griega con un roble de profundas raíces (6).

Condenaba al propio tiempo la hipocresía y se burlaba de la reina de Portugal, la cual, de tanto arrodillarse delante de su confesor, tenía cardenales en las rodillas. «No hace mas que rezar, decía: la gazmoñería enmohece el alma y el espíritu, cuando no se ocupan mas que en una sola cosa (7).»

Además con frecuencia solía burlarse de algunas cosas referentes á la Iglesia. Cuando la segunda esposa de Pablo—que antes de ser rebautizada se llamaba Sofia, como la misma emperatriz—ingresó en la Iglesia griega, dijo Catalina: «¡Oh nombre de Sofia que otra vez será anegado en las salutíferas aguas del bautismo griego!» Reía de su nuera que, con ocasión de cierta profecía referente al fin del mundo, citaba el Apocalipsis y hablaba del Anticristo (8). Este modo de pensar libre y racionalista se manifestó también en la alegría que mostró Catalina al ver que en el *Sebaldo Nothanker* de Nicolai se ridiculizaba la hipocresía, y en la sátira que dirigió al Papa con motivo del disgusto que en el Vaticano había producido la secularización de los bienes del clero, burlándose de que una cosa tan insignificante le hubiese costado tantas lágrimas. Con placer refería también Catalina que cuando asistió con José II á una misa católica que se celebró en Mohileff, donde había innumerables jesuitas, ex-jesuitas y frailes, en vez de oír la misa habían estado riéndose y hablando continuamente. Burlábase de muchos santos, hablaba de «su patron, San Genaro,» escribía desde Kieff á su amigo: «á propósito, debo daros expresiones de parte de San Wladimiro, cuyo cuerpo descansa aquí:» llamaba á Rumjanzoff San Nicolás, etc. Graciosas en extremo son las observaciones que hacía sobre los santos óleos, cuya preparación había presenciado en 1775 en Moscou. De ellos decía que eran un milagroso bálsamo que podía curar los males y las enfermedades del mismo Grimm, con solo que pusiera de su parte un pequeño grano de fe, lo cual no era fácil de conseguir de un hereje. En lenguaje chistoso, decía, pocos días después, que había tenido que suspender la remesa de los óleos á Grimm porque á pesar de haberse tomado con ellos todas las precauciones que merecían, se habían vuelto rancios y despedían un olor desagradable, etc. (9).

Catalina había tomado un tinte mundano, ajeno á toda consideración: no tenía grandes sentimientos religiosos y el eudemonismo era una de las principales reglas de su vida. Teniendo en efecto el bienestar por móvil supremo de las acciones humanas, evitaba intencionadamente las emociones tristes y las conversaciones que se referían á acontecimientos desgraciados, y procuraba desterrar rápidamente de su ánimo la melancolía. Cuando, con motivo de la muerte de su nuera, Grimm habló de aquel suceso, contestóle la emperatriz: «Nunca respondo á las jeremiadas: no hay que

(6) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 683, 257, 597.

(7) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 76, 86.

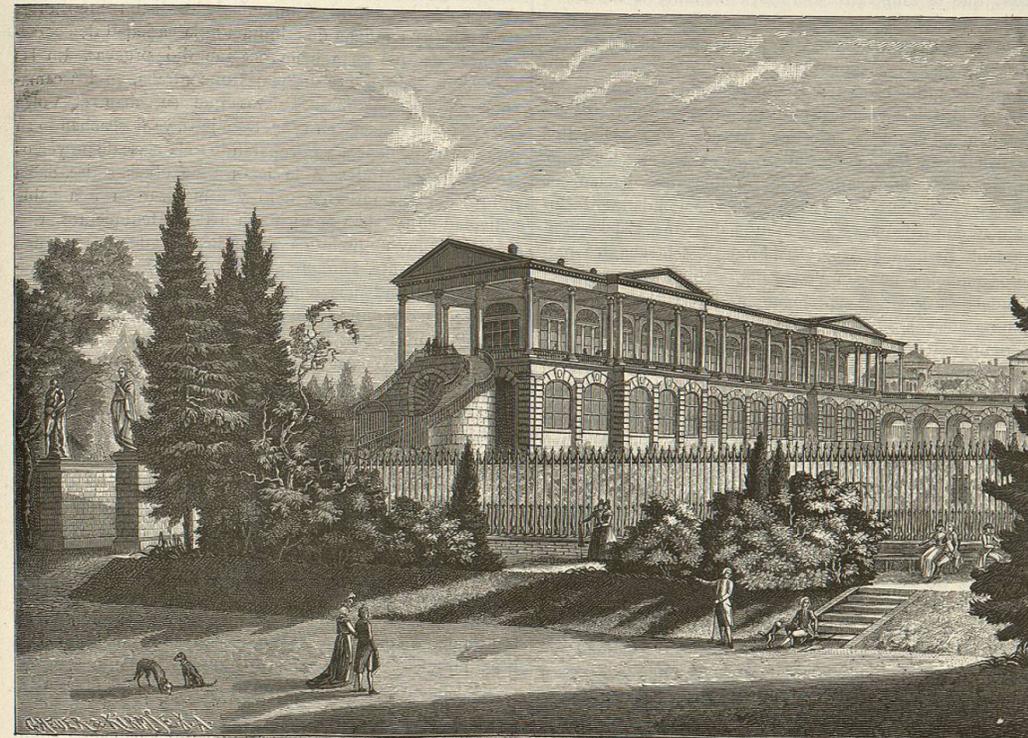
(8) Euler nos predice el fin del mundo para el mes de julio del año próximo: para esto hace venir expresamente dos cometas que harán no sé qué á Saturno, el cual, á su vez, vendrá á destruirnos; pero la gran duquesa me ha dicho que no crea nada de esto, porque no se han cumplido las profecías del Evangelio y del Apocalipsis y sobre todo porque no ha venido todavía el Anticristo ni se han unificado todas las creencias. En cuanto á mí, contesto como el barbero de Sevilla diciendo al uno: Dios te bendiga, y al otro: vete á la cama, y sigo mi camino: ¿qué os parece? *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 62.

(9) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 208, 235, 181-182, 160, 400, 19, 28.

pensar en las cosas que no tienen remedio;» y añadía mas adelante: «el triste suceso que es preciso olvidar, porque no tiene remedio» y «pues que los muertos se han muerto, hay que pensar en los vivos (1).» El buen humor y la alegría eran lo que mas la gustaban; por eso tenía en tanta estima á Voltaire, con motivo de cuya muerte decía: «Desde que Voltaire no existe, paréceme que ya no se honra debidamente al buen humor; él era el verdadero dios de la alegría.» Catalina conservó su carácter alegre hasta sus últimos años. En 1794, recordando su edad, dijo que de algunas familias conocía la quinta y la sexta generación, á pesar de lo cual

todavía era capaz de jugar como una niña con otros niños: «soy yo la que hago reír,» decía en cierta ocasión. Pocas semanas antes de su muerte, escribía, en el pleno uso de aquel buen humor, que era alegre como un pájaro (2).

El príncipe Scherbatoff en su obra «De la decadencia de las costumbres» censuraba las prodigalidades de aquella corte; Catalina que había criticado el lujo con que vestía la emperatriz Isabel, dió luego el ejemplo á los demás de un lujo desmedido, y sobrepusó los caprichos y la grandeza de sus antecesores cuando se trataba de organizar alguna fiesta.



Las columnatas del palacio de recreo de Zarskoje-Sselo, junto á San Petersburgo, en tiempo de Catalina II. De una acuarela contemporánea de Carlos Mayr.

Solo era parca en la comida y en la bebida (3). En cambio las personas que la rodeaban se entregaban á los excesos y á la crápula (4).

Los extranjeros que visitaban la Rusia se quedaban admirados del lujo de la corte: Coxe observa que en ella el lujo asiático se juntaba con el refinamiento europeo. No solo las mujeres, sino también los hombres usaban con profusión las piedras preciosas (5). Segur dice que nunca había visto una

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 48, 49.

(2) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 96, 592, 691.

(3) Muchos contemporáneos atestiguan la moderación con que comía y bebía la emperatriz; de noche, apenas comía nada y en vez de vino bebía grosella. En cambio gustaba con delirio del café extraordinariamente fuerte. *Russkaja Starina*, V, 134. *Archivo de Rusky*, 1870, página 2,086.

(4) *Russkaja Starina*, III, 680.

(5) *Russkaja Starina*, XIX, 30.

CATALINA II

vajilla tan rica de oro, plata, porcelana, alabastro y pórfido, como la que vió en una fiesta que el conde de Scheremetyeff dió á la emperatriz en Moscou, en 1787. Innumerables vasos de cristal adornados de magníficas piedras preciosas cubrían la mesa. Un colosal centro de mesa, figurando un cuerno de la abundancia de oro con las iniciales de la emperatriz trazadas con brillantes, había sido colocado delante del cubierto de Catalina, despertando la admiración de todos los concurrentes (6). En las fiestas que solía dar Besborodko, veíanse pirámides de muchos codos de altura, llenas de objetos de oro y plata de extraordinaria magnitud y de un valor inapreciable (7). El lujo de Potemkin excedía al de todos los demás: la fiesta por él organizada en honor

(6) Segur, *Memorias*, III, 233.

(7) Gribowsky, *Memorias* (ruso), pág. 70.

de la emperatriz, en el palacio Táurico (1791), recordaba los cuentos de las Mil y una noches (1).

Catalina gustaba de explicar, en las cartas que escribía á sus amigos del extranjero, el lujo en tales fiestas desplegado: con prolijos detalles refería, entre otras cosas, hablando de un juego de azar organizado en una de aquellas ocasiones, que se pusieron á disposicion de los convidados verdaderos montones de oro y de diamantes. A la descripcion de la fastuosa fiesta que dió Potemkin poco antes de su muerte, añadió Catalina, en su carta á Grimm, un croquis de losuntuosos salones en que los invitados tanto se habian divertido (2). Análogas descripciones encontramos en las cartas que la emperatriz escribió á Voltaire, á la señora Bjelke, etc. (3).

De sus palacios de recreo, el que mas gustaba á la emperatriz era el de Zarskoje-Sselo, cuyo embellecimiento no descuidaba ni un instante: Catalina veía con placer que los viajeros, los ingleses, los arquitectos y los jardineros se encantaban ante aquellas preciosas construcciones. Describía detalladamente los muebles lujosos, las columnas, los espejos, las galerías, los cuadros y las estatuas que hacían sus delicias: explicaba con entusiasmo las comodidades de un gabinete con balcones salientes que habia en el Zarskoje, su agradable permanencia en Ossinowaja Roschtscha, los preciosos edificios que San Petersburgo debía á Quarenghi, el lujo del *Eremitage*, la imponente arquitectura del palacio Táurico, etc. (4). Su *batissomania* y *plantomania*, como solia denominar su afición á las ricas construcciones de edificios y de jardines, le habian hecho gastar, antes ya de subir al trono, considerables sumas, y cuando fué emperatriz, se permitió aquel lujo aun en mayor escala (5). El cultivo de los jardines la deleitaba extraordinariamente (6).

Estas aficiones tomaban á veces proporciones exageradas: el lujo que se desplegó durante el viaje á Crimea rayó en locura. Dícese que Catalina señaló para aquel viaje 10 millones, y que esta suma no fué suficiente. Potemkin mandó construir caminos, puentes, palacios y jardines y organizar mercados. En las 25 estaciones que se encontraban desde Kaidaki á Chersson (350 kilómetros, es decir, la séptima parte de la distancia que separaba á San Petersburgo de Crimea), teníanse dispuestos 10,000 caballos. En todos los puntos en que la comitiva se detenía, si no habia palacios se levantaban tribunas bien cubiertas, ó galerías: en cada una de las ciudades por donde pasaban los viajeros se dispusieron veinticinco casas completas y lujosas para el séquito de la emperatriz. Durante el viaje hubo de suspenderse toda navegacion por el Dnieper para que los viajeros pudiesen pasar sin obstáculo alguno. A cada comida se estrenaba un servicio de mesa, que luego era regalado. Durante los tres meses de permanencia en Kieff, Catalina no quiso permitir que sus convidados se cuidaran de su manutencion, sino que cada uno de ellos recibió una casa completa con gran número de lacayos, cocineros, cocheros, coches, vasija de plata y de porcelana, abundante lencería y grandes provisiones de los mejores vinos, etc. (7).

(1) Véase mi trabajo, *Suerte y fin de Potemkin en la Revista mensual báltica*. Nueva série, I, 518.

(2) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 79-80, 518.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 48, 53.

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 442.

(5) Véanse las *Memorias de Catalina*, pág. 215. *Russkaja Starina*, XXIII, 716. Véase el despacho de Sacken (1785) en Herrmann, tomo suplementario, pág. 630.

(6) Véase su carta á la señora Bjelke, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 238.

(7) Véase mi trabajo sobre este viaje en la *Revista rusa*, II, 12.

Todo esto produce penosa impresion: aquel lujo desmedido recuerda las extravagancias del cesarismo romano. Prescindiendo de esto, fuerza es confesar que Catalina durante el viaje supo hacer como nadie los honores á sus invitados. A pesar de que su máxima «el ojo del amo engorda al caballo» (máxima que invoca en su carta á la señora Bjelke para demostrar la utilidad de su viaje) era mas bien fraseología que realidad, y á pesar de que las revistas é inspecciones que por el camino se hacían pecaban de superficiales y de pura forma, aquellas excursiones venían á ser por las eminentes dotes de observacion de la emperatriz una especie de informacion. Catalina se enteró de una porcion de necesidades, ganó popularidad, y se familiarizó con el carácter de la poblacion y con la fisonomía de los distintos territorios de Rusia (8). Es digna de admiracion la variedad de conocimientos de que en aquella ocasion dió pruebas. En las estaciones que durante sus viajes encontraba, en los camarotes de las magnificas galeras que surcaban el Volga en 1767 y el Dnieper en 1787, trabajaba, ya despachando su gran correspondencia, ya preparando toda clase de proyectos de ley, ya dedicándose á la lectura de obras serias. Sabia aprovechar sus ratos de ocio y armonizar su infatigable actividad en la esfera política con los entretenimientos artísticos, científicos y literarios y con los pasatiempos de una sociedad elegante. Durante el viaje de 1767, estuvo en continua correspondencia con Panin, tratando de los asuntos corrientes y comunicándole una multitud de impresiones de viaje. Procuró formar juicio acerca de la situacion de los territorios del Volga, y con sus compañeros de viaje se dedicó á traducir la novela «Belisario» de Marmontel. Ora visitaba en Jaroslaff varias fábricas, ora trataba, con los embajadores que la acompañaban, de cuestiones internacionales: hoy se hacia prestar con toda formalidad homenaje por los prelados de la Iglesia rusa, y mañana se permitía algunas bromas extravagantes en sus graciosas cartas á Voltaire y á d'Alembert. Lo mismo examinaba una Memoria sobre las relaciones comerciales de Nishny Nowgorod adicionada con detalladas notas marginales, que se entregaba, con sus compañeros de viaje, á ingeniosos juegos. En la cuestion de los raskolniks ó sectarios del Volga mostró tanto talento como en el estudio de las obras maestras de la literatura culta. En una aldea de chuacos ó de mordwinos, como Chebossary ó Wassilssursk, sostuvo por espacio de una hora el mismo tono que en Monplaisir, en Zarskoje, en el Eremitage, ó en el palacio de invierno solia causar admiracion á los que mas familiarizados estaban con el tono que reinaba en la corte francesa, con las conversaciones ingeniosas y con los graciosos chistes. Con el mismo interés que habia dispensado á las obras de Montesquieu y de Beccaria, visitó en Kasan las ruinas de la ciudad oriental de Bolgary, destruida á fines de la Edad media. Durante aquel viaje descubrió algunos abusos que se cometían en la administracion de Kasan, donde observó que la poblacion local se veía oprimida y arbitrariamente tratada por los funcionarios y habló en este sentido de ello. Además observó las comarcas que eran fértiles y las aldeas que se veían favorecidas ó perjudicadas por la situacion en que las habia colocado la naturaleza.

La misma variedad presenta el viaje de 1787 que tenia por objeto la inspeccion del canal de Wyschny-Wolochok, y en el cual observamos la misma mezcla de asuntos formales y de alegres pasatiempos. En aquella ocasion se representó un gracioso cambio de notas diplomáticas, que demuestra

(8) Véase su conversacion con Segur acerca de este punto, en las *Memorias del último*, III, 37 y 56.

el gran talento del autor y en el cual Segur y otros diplomáticos fingían quejarse de una violacion del derecho de gentes contra ellos cometida y Catalina se justificaba con talento y gracia imponderables. Este viaje, durante el cual abundaron los mas notables rasgos de buen humor y de amable urbanidad, se aprovechó tambien para precipitar la conclusion de un tratado de comercio franco-ruso.

Los contemporáneos convienen unánimemente en la finura del trato social que en aquel tiempo dominaba en la corte de Rusia, quedando probado con ello la importancia que habia tenido la propagacion de los principios de la literatura culta francesa. Existía cierta conexión entre la emperatriz y las notabilidades literarias de París, «oficinas del ingenio» que habian causado la admiracion de toda Europa. Aquella era la época en que los tocadores de las damas tenían mas importancia histórica que el Consejo de Estado y el Parlamento, en que habia en «las pequeñas cenas» y en las «conversaciones», un poder legislativo cuyas decisiones tenían mas fuerza que los decretos de la agonizante monarquía de los Borbones. Catalina tomaba ejemplo ya de Luis XIV, ya de Voltaire: representaba con el mismo aplomo que el primero y tenia los conocimientos enciclopédicos y la atractiva y animada conversacion del segundo.

No es de extrañar que extranjeros como Dimsdale, Falconet, Coxe, Segur y otros, quedaran encantados de la cortesía y del agradable trato que encontraban en la corte de la emperatriz. La franqueza que reinaba en el *Eremitage*, donde solía reunirse el círculo de los íntimos de Catalina, era lo que mas cautivaba á los contemporáneos de esta que tenían la suerte de tomar parte en aquellos refinados placeres. No era solamente la corte la que se distinguía por saber guardar con seguridad las formas de los salones: las clases elevadas habian hecho tambien grandes progresos en este sentido (1). Gran distancia hubo de salvarse para llegar desde las orgías de Pedro el Grande á las representaciones teatrales de la corte de Catalina, desde las bufonadas de la primera mitad del siglo XVIII á las bromas del «pequeño Eremitage» que con ser un tanto extravagantes se distinguían por el talento y gusto que en ellas presidía. Las chocarrerías de las mascaradas del tiempo de Pedro y de Ana nada tienen de comun con las representaciones del «Gore Bogatyr» de Catalina ó del «Coriolano» de Segur que tuvieron efecto algunos años despues en el teatro particular de la emperatriz. El bufon de esta, Leon Naryschkin, desempeñaba un papel muy diferente del que habian representado los infelices rusos y extranjeros condenados á ser bufones y á entretener los ocios de la emperatriz Ana. Bajo pena de severos castigos corporales, habianse visto obligados los rusos, obedeciendo el mandato de Pedro, á visitar las «Asambleas» por este creadas: en tiempo de la emperatriz Isabel, se iba al teatro en virtud de una orden imperial: durante el reinado de Catalina, por el contrario, todos tenían libertad para ir y venir á su antojo, y para asistir ó no á los juegos y placeres artísticos (2). Cuando el embajador francés, Segur, encontró tonto y pesado el juego de la lotería, tan en boga en la corte, pudo discutir impunemente en versos mordaces é improvisados sobre este punto (3). A los concurrentes á la agradable sociedad del «pequeño Eremitage» se prescribía que no se levantaran delante de la emperatriz, aunque esta se dirigiera expresamente á una persona y la hablara. En cierta ocasion en que, jugando á juegos de prendas, se impuso la pena de

sentarse en el suelo, tocó la prenda á la emperatriz, la cual abandonó la mesa de juego, interrumpiendo la partida, y cumplió la pena sin reparo alguno. En estas cosas era tan decidida que, en cierta ocasion, cuando el célebre viaje á Crimea, propuso alegremente que en la conversacion se suprimiera el usted y se sustituyera por el tú, comenzando por tutear ella misma á los convidados. Entonces hubo un verdadero fuego graneado de tuteos entre los convidados y la emperatriz, durante el cual fué acogida con gran aplauso la expresion de «tu majestad» que empleó el príncipe de Ligne. Rióse mucho la concurrencia y el mismo Ligne asegura que la emperatriz en medio de aquella comprometida broma supo conservar la dignidad de una soberana de todos los rusos y «aun de todo el mundo» (4).

En esta sociedad, el que mas sobresalió fué indudablemente el príncipe de Ligne: hombre gracioso y de buen humor, fecundo en rasgos ingeniosos, afable, burlon sin malicia, sencillo, inteligente, nada aficionado á máximas, caballero valiente, apto para la guerra lo propio que para los salones, demasiado frívolo para general, sobrado superficial para hombre de Estado, inmejorable para estar en sociedad ó mantener una correspondencia, tenia algo de cosmopolita y era, segun él mismo decia, francés en Austria, austriaco en Francia, ambas cosas en Rusia, lo cual le servía de medio para gustar en todas partes y para conservar su independencia. Dábase á sí mismo el nombre de «jockey diplomático» y decia que pertenecía al ejército y á las embajadas, y que era consejero en los viajes y casi secretario de legacion. Catalina estaba encantada de su talento, y decia que bajo la máscara de la frivolidad, se ocultaba en él un filósofo recto en sus juicios y profundo en sus ideas (5).

Otras personas de las que acompañaban á la emperatriz contribuían á amenizar la conversacion, brillando por su talento, por su facilidad en el hablar y por sus cualidades literarias: entre ellas se contaban Segur, Coblenz, Bibikoff, Andrés Rasumowsky y otros. Aunque, como observaba Segur, la educacion refinada y la habilidad en el animado trato se limitaba á un centenar de personas (6), que reflejaban en la corte y en los altos círculos de la sociedad rusa la sociedad selecta parisiense, no por eso deja de ser importante que esta parte de la poblacion estuviera en contacto inmediato con los centros de cultura y urbanidad del Oeste de Europa, y que imperaran en ella las tendencias francesas y el estilo de los escritores franceses que podían ser considerados como los mas notables del mundo. El papel de Mecenas que la emperatriz representó respecto de un gran número de artistas, escritores y eruditos, contribuyó poderosamente á aumentar el esplendor de su gobierno, á hacer resonar su nombre en mas dilatadas esferas y á asegurar mejor acogida á los rusos que viajaban por el extranjero. Algunos hombres, como Rousseau, d'Alembert y Beccaria, se excusaron de aceptar la invitacion que se les hizo de ir á Rusia; otros, en cambio, como Grimm, Diderot, Falconet, Mercier de la Riviere, la aceptaron, y de aquí se originó cierta relacion entre Rusia y las principales capacidades de Occidente, cuyos resultados no podían menos de ser altamente provechosos. Nunca como en aquel tiempo habia estado la corte rusa bajo tan inmediata influencia del Occidente en punto á desarrollo intelectual y literario; influencia tanto mayor, cuanto que Catalina, como discípula de la literatura propagandista, rivalizaba en talento y en genio

(1) Véanse, por ejemplo, las frases del baron Dimsdale en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, II, 322.

(2) Véanse las *Observaciones de Derzhawin* en Grot, VIII, 345.

(3) Segur, III, 6.

(4) *Obras del príncipe de Ligne*, II, 14.

(5) Chrapowitsky, 18 de mayo de 1787.

(6) Segur, *Memorias*, II, 228.